

UN LUGAR PARA CADA COSA... y cada cosa y cada persona

en su propio lugar



A lo largo de este año del Señor de 1995, los cubanos de todas las orillas estamos conmemorando el inicio de nuestra Guerra de Independencia (parcialmente frustrada por la intervención norteamericana) y la muerte, en el alba de la gesta, de JOSÉ MARTÍ. Todas las celebraciones, conferencias, encuentros, artículos, ensayos, etc., de aquí y de "allá", aparecen un siglo después, en el actual marco cubano (socio-político y económico) y al amparo del intenso debate que tiene lugar en los medios intelectuales, con culturólogos, historiadores y políticos como protagonistas, acerca de la identidad cubana, de la naturaleza de nuestra nacionalidad, de la viabilidad de CUBA como realidad, no sólo como "decreto", fantasía voluntarista o simple conjunto nominal de cuatro letras, pretencioso de cimentar realidades de diversa índole, en las que la dimensión ética no entraría a formar parte.

Personalmente considero que el conjunto de conmemoraciones centenarias puede ser fuente de luz y de enriquecimiento nacional, pero -si no se realizan "como Dios manda"- pueden incrementar las confusiones y llevarnos, a los de aquí y a los de "allá", a una devaluación de la identidad, de la realidad "CUBA". Realidad, no decreto, no fantasía, no conjunto de cuatro letras.

En primer lugar, estimo que deberíamos esforzarnos por las búsquedas serias, los hurgamientos profundos, los análisis profesionales, tratando de evitar la retórica formal, vacía de contenido real, vicio éste al que solemos inclinarnos los pueblos latinos y que a la nada conduce. En estrecha relación con este empeño -el

profesionalismo y la desnudez de las tónicas retóricas-, me parece que deberíamos encarar las celebraciones centenarias con humildad. Virtud que, según el decir de "la varona de España", Santa Teresa de Jesús, está en la verdad, en el reconocimiento de las luces y de las sombras del meandrino discurrir de nuestro pueblo por los caminos de su historia. A Cuba y a sus gestas y las personas que las encarnan deberíamos contemplarlas siempre con amor objetivo: sin menosprecio y sin sobredimensión. Cuba y todo lo nuestro no constituyen el punto de apoyo, el centro de la esfera, el ombligo del mundo. Somos un país pequeño, con características peculiares (étnicas, geográficas, histórico-políticas, etc.) que se han ido perfilando a lo largo de cinco siglos y contamos con una sorprendente y deslumbrante acumulación de talentos -de "genio"- de diversa índole, pero no definimos los destinos de la humanidad. Nuestra Nación se inscribe en el concierto universal, del que forman parte todas las naciones con su sonoridad propia. Y en este concierto debe integrarse, sin pretensiones de batuta directora que marca el ritmo, determina el volumen de la sonoridad o traza la línea melódica prevista por el compositor. Si lo pretendiere, quedaría eliminada de la orquesta universal por ser considerada causa de perturbación en las armonías deseadas (no siempre las "mejores"... cosas de las relaciones internacionales). Cuba sería la gran perdedora, no el resto del mundo que apenas percibiría la ausencia de nuestra pequeñez. La calidad de vida de un habitante de Beijing, de New York, de Munich, de Moscú o de Buenos Aires no se altera

"Como ascensión de un pensamiento libre hasta el principio donde nació la luz y se formaron entraña de dolor, germen de grito y lágrima primera bajo el cielo. Como si todo junto de repente se pusiera entre el hombre y su destino. Como si ante el ocaso rojo abriera un girasol sus rayos amarillos. Como si aquella mano de ayer regara azules lirios y fuera el mar bajo la mano un palomar de pétalos hendidos.

Así dicho
frente al ocaso, desde tierra al mar,
con la ternura junto a mí.
Se alegra
el corazón de manso gris vestido."

(Eugenio Florit, "Tarde presente", 1940)

sustancialmente por el status en que se encuentre Cuba y por la buena o mala calidad de la vida de los cubanos. La calidad de la vida de los cubanos si se altera al compás de la capacidad de Cuba para integrarse en el tejido universal, abarcador de casi todas las dimensiones de la existencia. Si Cuba y los cubanos nos "hundimos", los buenos ciudadanos del resto del mundo, los informados y los sensibles que se enteren de nuestra calamidad, la lamentarán, emitirán un suspiro de compasión y nada más. Su vida continuará sin alteraciones: si el día en el que conocieron nuestra calamidad tenían programado ir a un baile, asistir al teatro o, simplemente, ver TV en su casa; después del lamento y del suspiro, continuarán la realización del programa previsto. No se los reprochemos, además del lamento y de la compasión muy sincera, ¿qué cambiamos en nuestra existencia personal y nacional por la guerra del Biafra o por las hambrunas de Somalia o las matanzas de Rwanda?

Además, nuestra historia debería ser asumida tal cual es (lo cual requiere, por supuesto, ante todo, conocerla) no como nos habría gustado que fuese o como estimamos que conviene presentarla para «justificar» realidades presentes u opoines futuras. La manipulación de la historia real -sea elaborada por los tinos, sea por los troyanos- levanta castillos de naipes que cualquier airecillo tocado por la sabiduría deshace fácilmente. La historia real, no la manipulada, es la que ha ido conformando nuestro hoy y la que orienta los pasos hacia el mañana. La deformación (por supresiones y silencios o por acrecentamientos y simulaciones de más



cara) es "vanidad de vanidades y solo vanidad", como afirma sobre tantas realidades el delicioso Libro del Eclesiastés; nos conduce la falsificación a giros caóticos, no a la espiral ascendente. En la historia real todas las personas, corrientes de pensamiento y hechos tienen su lugar propio, su peso específico y a todos deberíamos tenerlos en cuenta para entendernos a nosotros mismos, para saber quiénes somos, en dónde estamos, cuáles son nuestras fuerzas efectivas, qué proyectos son viables y congregantes y hacia dónde debemos encaminar nuestros pasos. Sin olvidar que personas, corrientes y hechos no suelen ser "blancas" o "negras", sino que se mueven en la zona del "gris", más o menos intenso, lo que no facilita el discernimiento pero no nos excusa del empeño en el buceo.

Por otra parte, la veneración por los héroes y por los portadores de las mejores antorchas no nos debería estimular al calco mecánico. No se trata de repetirlos tal y como fueron y procedieron hace uno o dos siglos, trátase de JOSÉ MARTÍ, de Carlos Manuel de Céspedes, de Don José de la Luz y Caballero o del Padre Félix Varela. Cada uno de ellos fue hijo de su momento, de la correlación de ideas y de fuerzas, del espíritu epocal y de sus coyunturas propias. En ellos buscamos la luz inspiradora y el impulso eticista para tratar

de ser y de actuar ahora como serían y actuarían ellos ahora, no como lo hicieron en su momento en otras circunstancias. Sin dejar de tener en cuenta que aún el más iluminado de ellos (y esto vale para toda persona humana), no es infalible. Cualquier actuación humana, opinión, decisión, etc., es siempre discutible. Acatar disciplinadamente no equivale a asentir internamente, a "consagrar". No creo que para ser "buen cubano" sea necesario, pues, aceptar como bueno e imitable todo lo que hayan sido, hecho y dicho los hombres de gran talla de nuestra historia patria. Ellos, como nosotros hoy, están sometidos a la criba de la múltiple pupila ajena. Y es bueno que así sea: nos purificamos por complementaridad de los elementos disímiles y contrastantes.

En la medida en que un clima de libertad, de tolerancia y de diálogo respetuoso arrojó el debate histórico-cultural en este centenario y en los que se avecinan (1998, 2002), seremos más capaces de valorar con justeza cuál es el lugar y la importancia real de cada persona, de sus realizaciones, ideas y proyectos, así como de las realidades nacionales.

Por último, no caigamos en la tentación de formarnos el juicio acerca de una persona y de todo lo que se relacione con ella por un momento o una sola etapa en la existencia de esa persona o una dimensión de su talante. Ni nos arrebathe el momento, la etapa o la dimensión positivos, provocando la amnesia de sus limitaciones y pecados; ni nos despabile el desprecio el costado negativo, provocando la desmemorización del conjunto global de su discurrir por nuestra historia; discurrir sembrado, casi siempre, de trigo y de cizaña. La existencia de una de estas plantas no nos debería conducir al olvido de la otra: toda persona es compleja; todos estamos sometidos a los altibajos de la lucidez y de la virtud, al compás de nuestros "humores" interiores, de nuestra problemática personal y de las circunstancias en las que necesariamente somos, nos movemos... existimos ¿Qué americano de buena sangre borraría a Simón Bolívar de nuestra historia porque en el tristísimo final de su vida llegó a escribir que lo mejor que se podía hacer con América era irse de ella? ¿Qué cubano que se precie de serlo quitaría a Carlos Manuel de Céspedes el títulos de "Padre de la Patria" porque, inmerso en la caótica situación interna de la Guerra de los Diez Años, pensó en la posibilidad de la anexión a Estados Unidos como mejor solución que el avizorado fracaso militar ante la Corona española? ¿Quién le arrebataría a JOSÉ MARTÍ su condición de "Apóstol", de piedra fundacional y de referencia congregante insustituible por el hecho de que se encaminó prácticamente al suicidio en Dos

Ríos, dejando huérfana a la República en gestación? ¿Cómo valorar a Enrique José Varona, que pasó del autonomismo al independentismo, para caer, después de la limitada independencia de 1902, en un casi constante pesimismo acerca de las posibilidades reales de Cuba como Nación? Todos los costados deberían ser incluidos en el retrato para reconocer a la persona en su genuina identidad humana, no arcangélica.

Torna mi lucubración a su punto de partida: el verso del benemérito Don Eugenio Florit, español por nacimiento y cubano por la poesía. Le "robo" sus palabras, siempre más atinadas que las mías:

"Ahora ya sé que en las espumas despedazado el mar tenía voz de Ulises y nácar de su Venus.

Este es el sueño mío sobre el mar."

(Eugenio Florit, "El mar", del poemario "Al unicornio", 1939)

24 de Febrero de 1995: pensamientos que me asaltaron en la noche. Ω

